

¿DE QUIEN ES LA CIUDAD?

Hay varias posiciones teóricas respecto a qué es la ciudad. Algunos insinúan que es un resultado único del devenir histórico. En esa ciudad, la concatenación de las acciones en el tiempo y las leyes de causa y efecto produjeron el resultado actual y como tal es único en el tiempo y el espacio. Otros dicen que la ciudad es la arena para el conflicto que se suscita por la apropiación de las plusvalías generadas en ella. Es la visión del eterno conflicto entre capital, trabajo y ciudadanía. Allí, la tensión social constante que es la que genera el entorno en que vive la especie. Aún otros la definen como el espacio principal para la producción de nuestra cultura, o de los bienes económicos o del habitar y cada uno de estas producciones implica formas de asentamiento, actitudes y relaciones de sus habitantes.

En el primer caso –la ciudad como final de un proceso único en el tiempo–, el habitante no es más que una de las fuerzas que moldean la ciudad y sus posibilidades de influir en la forma y relaciones finales de la escala urbana dependerán de elementos azarosos en una ciudad u otra. Su rol no está definido sino como una de los elementos que se conjugan para el de desarrollo urbano.

En la hipótesis de la ciudad como arena del conflicto, el habitante urbano adquiere el rol preponderante. Es su lucha por la apropiación de los bienes urbanos la que va dando forma al entorno. Pero según esta hipótesis el resultado de esta lucha es también la marginación, la exclusión de los beneficios que brinda la ciudad y el triunfo del más fuerte. Si bien se ve aquí al ser humano como poderoso armador de su ciudad, es igualmente poderoso en la generación de desigualdad.

En las otras hipótesis respecto de la forma que se genera la ciudad, basadas principalmente en la producción ya sea de cultura o bienes económicos, el rol del individuo se vuelve a diluir puesto que esa producción no explicita claramente su rol. La producción se genera sin duda en los esfuerzos de las personas, pero está condicionada por otros elementos del tiempo y el espacio.

Echamos de menos una visión en que el ciudadano y sus organizaciones sean los principales impulsores del destino de la ciudad. Un destino acordado con más discusión y consideración por los intereses de todos.

Hoy día aparecen en nuestra ciudad proyectos de edificios inmensos, como excrescencias que salen del casco urbano completamente fuera de escala, que proyectan sombras desproporcionadas y cuya construcción implica desvíos de calles y, en un futuro impactarán el tráfico de nuestras estrechas vías. Todos pagamos las externalidades negativas pero sólo los propietarios se benefician de las positivas. ¿No habrá una forma en que, sin detener el progreso que anhelamos, los beneficios reviertan de maneras más equitativas? ¿Que las consideraciones sobre el bien común estén más presentes y sean mejor discutidas?

Roberto Lira Olmo
Director